

hombres han estado sometidos, fueron en un principio una sola y misma cosa, y que la autoridad política, la religiosa y la del ceremonial, son ramas divergentes de un tronco común. Cuando á la luz de los hechos enunciados leemos las tradiciones primitivas, donde se dice «que hubo gigantes en aquellos días,» cuando recordamos que Nemrod, entre otros, figura en las del Oriente, con los caracteres de gigante, de rey y de divinidad; cuando en las esculturas exhumadas por Mr. Layard, vemos á los reyes cargando á los enemigos, pisoteando á los prisioneros, y adorados por esclavos prosternados, es fácil observar cuán bien correspondían estas acciones de los monarcas á los nombres primitivos, dados á Dios, como «el fuerte, el destructor, el poderoso»; cuando se nota que los templos primitivos eran también residencia de los reyes, y cuando, por último, descubrimos que en algunas razas humanas actuales existen supersticiones análogas á las que revelan las añejas tradiciones y los viejos monumentos, se presenta aún como más probable la hipótesis que hemos sostenido.

Remontándonos con la imaginación á aquellos lejanos tiempos en que los hombres sólo tenían de las cosas teorías informes y representándonos al jefe conquistador tal como nos lo revelan los vagos rasgos diseminados en los antiguos mitos, los poemas y las ruínas, no es difícil comprender que todas las reglas de conducta emanaron de su voluntad. Él dirimió como legislador y como juez todas las querellas que se suscitaban entre sus súbditos y sus palabras fueron en leyes erigidas; el temor que inspira es el fondo de la incipiente religión y las máximas que dicta los primeros preceptos de la misma. Se le rinde acatamiento en la forma que prescribe, y aquí tienen su origen las *maneras*. De su carácter de legislador y de árbitro, nacen con el tiempo la obediencia política y la administración de justicia. De su carácter religioso, el culto á un sér cuya personalidad es más vaga de día en día y la difusión de pre-

ceptos más abstractos cada vez, y del modo de manifestarle sumisión, los actos y frases de reverencia y las reglas de la etiqueta.

Conforme á la ley de la evolución de todos los cuerpos organizados, según la cual, las funciones generales se separan gradualmente en otras especiales, se ha desenvuelto en el organismo social, para atender mejor á las exigencias gubernamentales, un mecanismo de tribunales, de jueces y de abogados; una iglesia nacional, con sus obispos y sacerdotes; y un sistema de clases, títulos y ceremonias, cuya dirección corresponde á la sociedad en general. De esta manera, por una parte, las agresiones se descubren y se castigan; de otro lado, se contiene en cierto modo la tentación de incurrir en tales agresiones; y en último término se denuncian y se castigan aquellas faltas más leves á que no alcanzan la ley y la moral. Éstas regulan la conducta en todo lo que es esencial, mientras las maneras dirigen los detalles. Para reglamentar esa multitud de acciones diarias que son demasiado numerosas y no tienen importancia bastante para que intervenga en ella la dirección oficial, sobrevienen influencias moderadoras más sutiles. Y cuando consideramos lo que son estas restricciones, cuando analizamos las palabras, las frases y los saludos que se usan, vemos que, así en su origen como en sus efectos, las maneras constituyen gobiernos transitorios entre los hombres y su objeto es regular del mejor modo posible las mutuas relaciones de éstos.

II

La coacción religiosa, la política y la de las maneras y la moda se desenvuelven y decaen paralelamente.

De la proposición según la que la autoridad en sus diferentes formas es esencialmente una, tanto en su origen

como en sus funciones, se deducen varios importantes correlarios que se relacionan directamente con nuestro asunto.

En primer lugar debe notarse que las distintas clases de coacción, á más de tener el mismo origen é idéntico objeto, proceden de una necesidad común. El hombre primitivo que viene de matar osos ó sale de la emboscada tendida al enemigo, adquiere por virtud de la situación en que vive una naturaleza, cuyos arranques hay que refrenar de continuo. Así en la guerra como en la caza su regla de conducta ha sido el sacrificar á otras criaturas á sus necesidades ó á sus pasiones. Su carácter, heredado de los antecesores que llevaron la misma vida, está formado en esta disciplina y es el más á propósito para las condiciones en que se desenvuelve. Egoísmo sin límites, inclinaciones á hacer daño, tendencias sanguinarias, cualidades desarrolladas en su existencia anterior, hé aquí lo que aporta al estado social. Estas disposiciones le ponen en constante peligro de encontrarse en conflictos con sus vecinos, no menos salvajes que él. Es agresivo en las cosas pequeñas como en las grandes, en las palabras como en los actos, y siempre está dispuesto á asociarse á las agresiones de otros como él. De aquí es que únicamente mediante la rigurosa coacción ejercida sobre todas las acciones puedan mantenerse las primitivas sociedades humanas. Se necesita un jefe fuerte, inaccesible á la compasión y de voluntad indomable; es menester que no se dude de la ejecución de las penas con que se castiga á los infractores, y que haya sumisión absoluta de los inferiores á los superiores. La ley tiene que ser cruel; la religión, implacable; el ceremonial, riguroso.

La necesidad coordinada de estas varias clases de restricciones puede comprobarse ampliamente por medio de la historia, pero nos falta espacio para acometer esta tarea. Baste recordar que donde el poder civil ha sido débil se han multiplicado los ladrones, los asesinos y los bandidos,

signo precursor de disolución social; que donde la religión ha perdido su influencia, por la corrupción de sus ministros, como ocurrió precisamente antes de la aparición de los flagelantes, se ha puesto al Estado en gran peligro, y en fin, que el desprecio á las conveniencias sociales ha sido compañero inseparable de las revoluciones políticas. A quien dude que la sociedad necesita un régimen de maneras, proporcionado al vigor de los gobiernos civil y religioso, le bastará recordar, para convencerse, que hasta estos últimos tiempos los códigos más severos no eran poderosos á impedir que los caballeros riñeran en medio de la calle y se batieran en las mismas tabernas; obsérvese además lo que pasa á la puerta de un teatro, donde las costumbres no imponen gran comedimiento; la confusión es tanta que, si se introdujera en las relaciones sociales, produciría el caos.

Como debía esperarse, teniendo el mismo origen y desempeñando idénticas funciones estas distintas clases de gobiernos, actúan en cada época con análogo grado de vigor. Bajo el despotismo chino, tan estricto y tan fecundo en edictos como duro en la sanción de éstos, y al cual se asocia un despotismo doméstico no menos severo, ejercido por el varón de más edad de la familia, existe un sistema de reglas sociales igualmente complicado y rígido. Hay allí un tribunal de ceremonias; antes de ser presentados á la corte deben los embajadores pasar muchos días practicando los actos que prescribe la etiqueta oficial; las relaciones personales están dificultadas por multitud de cumplimientos y homenajes; las distintas clases se diferencian por medio de insignias; cuando muere un hijo único, el jefe de la familia tiene el pesar de que no habrá, cuando la muerte lo llame, quien cumpla los ritos funerales. Si hiciese falta una medida que demostrase hasta dónde llega el respeto con que se guardan allí las exigencias sociales, bastaría citar el tormento á que se someten las damas, dejándose

aplantar los piés. En la India, y puede decirse que en todo el Oriente, hay estrecha conexión entre la implacable tiranía de los jefes, el terror que inspiran las antiguas creencias y el yugo inflexible de costumbres inmutables; la organización de las castas no ha experimentado alteración; la moda en los trajes y los muebles no ha cambiado muchos siglos há; el sacrificio de las viudas es tan antiguo que ya lo mencionan Strabon y Diodoro Sículo; la justicia se administra aún á las puertas de los palacios; en suma «todos los usos son preceptos religiosos y máximas de jurisprudencia.»

La misma relación se observa entre estos fenómenos durante la edad media. En tanto que todos los gobiernos eran autocráticos; en tanto que el feudalismo estaba en auge; en tanto que el poder de la Iglesia fué ilimitado; mientras el código penal estuvo lleno de horrores, y el infierno de las creencias populares henchido de terrores, las reglas de conducta establecidas eran más numerosas y se guardaban más escrupulosamente que ahora y diferencias en los vestidos señalaban las diferencias de clase. La ley marcaba el corte de los zapatos y quien no estuviera en determinada posición, no podía llevar una capa que tuviera menos de tantas pulgadas de longitud. Los símbolos de las banderas y de los escudos eran objeto de la mayor atención: la heráldica era rama importante de la ciencia. Se insistía en observar cuidadosamente los precedentes, y los saludos que hoy usamos en forma abreviada, se hacían sin omitir ningún detalle. Hasta durante la centuria anterior, apesar de sus corrompidos Parlamentos y de sus poco escrupulosos monarcas, puede mostrarse la correspondencia señalada. Los caballeros se distinguían aún de las clases inferiores por el traje; se sometían las gentes á exigencias absurdas, como el uso de polvos, chorreras y catafalcos para la cabeza, y los hijos daban á sus padres el tratamiento de «Sir» y de «Madame.»

Un nuevo corolario se desprende naturalmente de la verdad expuesta, ó mejor dicho, es inseparable de ella; nos referimos al hecho de que las varias clases de autoridad señaladas decrezcan en poder en la misma proporción. Al mismo tiempo que decae la influencia de los sacerdotes y el temor á los tormentos eternos; á la par que se mitiga la tiranía política y aumenta el poder del pueblo y se mejoran los códigos criminales, disminuyen las formalidades y van desvaneciéndose las señales de distinción. En nuestro propio país puede notarse que se atiende menos á la eficacia de los precedentes. Nadie en nuestros días termina una entrevista con la frase «vuestro humilde servidor.» El empleo de la palabra *Sir*, antes de uso general en las relaciones sociales, se considera hoy de mal tono, y en los casos que precisa el servirse de ellas se mira como cosa vulgar el repetir más de una vez en la conversación las frases «Vuestra Magestad,» «Vuestra Alteza Real.» Las gentes no beben ya en serio á la salud unos de otros, y hasta han pasado de moda los brindis en las comidas. Entre los hombres de más esmerada educación ha ido cayendo en desuso la costumbre de descubrirse, y cuando alguno hace ademán de quitarse el sombrero, se limita á levantarlo un poco; por esto dicen los extranjeros que Inglaterra es la nación de Europa donde es menos frecuente el quitarse el sombrero; pero deberían añadir que somos el pueblo más libre de todos los europeos.

Como ya hemos demostrado, esta asociación de hechos no es accidental. Los títulos y ciertos modos de saludar, conservando algo del servilismo que tenían en su origen, se convierten en objeto de disgusto á medida que los hombres recobran la propia independencia y simpatizan con la independencia de los demás. El sentimiento que impulsa al hombre de mundo de nuestros días, á decir al obrero que está delante de él, en pié y con el sombrero en la mano, que se cubra; el sentimiento que nos lleva á mirar

con desagrado las bajezas y las lisonjas; el sentimiento que nos mueve á afirmar la propia dignidad, respetando la de los otros, y que hace que caigan en desuso las formas y los nombres que parecen ser otros tantos reconocimientos de inferioridad y de sumisión, es exactamente el mismo sentimiento que resiste al poder despótico, niega la autoridad de la iglesia y establece el derecho de la conciencia libre.

Un cuarto hecho, en relación de parentesco con los anteriores, es que las varias clases de gobierno enumeradas, si decaen al mismo tiempo, también se corrompen simultáneamente. Por el mismo proceso que un Tribunal no suele ser el lugar donde se administra justicia, sino el lugar en que ésta se detiene; por el mismo proceso que una iglesia, lejos de ser un freno moral, se trueca en una agencia de fórmulas, diezmos y obispados, por el mismo proceso, repetimos, los títulos y las ceremonias que en un tiempo tuvieron cierto sentido y valor, pierden toda significación.

Los escudos de armas que servían para distinguir á los hombres en el combate, adornan hoy los carruajes de los tenderos retirados. La charretera, insignia un tiempo de alto rango militar, se ha convertido, en los hombros de los lacayos, en señal de servidumbre. El nombre de Baneret, que antes indicaba un hombre en camino de llegar á ser barón, un barón que había sufrido ya el primer examen militar, es título que ostenta hoy, bajo la forma de Baronet, cualquier advenedizo á quien favorece la fortuna ó que cuenta con el crédito ó el apoyo de un partido. La caballería ha dejado de ser un honor, por tal manera que los hombres se creen ahora honrados, declinando ese título. La dignidad militar de *Escuyer*, bajo el moderno nombre de *Esquir*, ha perdido por completo todo sentido de milicia. No sólo van dejando de llenar sus funciones primitivas los títulos, las frases y los saludos; es que además todo el aparato de las formas sociales va siendo ineficaz para cumplir

el fin que tuvo en su origen, que era el de facilitar las relaciones entre los individuos. Los que rinden mayor culto á las maneras, no suelen ser los que mejor se portan; como los más versados en los dogmas y las escrituras, no son generalmente los más religiosos, ni los que tienen ideas más claras acerca de lo legal y lo ilegal, son por ello los más honrados. Así como los hombres de ley son los que gozan de menos fama de probidad; así como las ciudades que tienen Catedral suelen ser menos morales que las que carecen de ella, por igual modo, si hemos de creer á Swift, «los cortesanos son la raza de hombres más insignificantes que hay en la isla, y los que tienen una tintura más superficial de buenas maneras».

Pero tal vez sea en esa clase de conveniencias sociales que se comprenden bajo la palabra *Moda*, las cuales debemos examinar al paso, donde se vea con mayor claridad esta marcha hacia la corrupción. Así como las *Maneras* regulan nuestros menores actos en relación con los demás, la *Moda* regula nuestros menores actos en lo que se refiere á nosotros mismos. Mientras las primeras prescriben aquella parte de nuestra conducta que afecta directamente á nuestro prójimo, la segunda regula aquella otra parte que es ante todo personal y respecto de la cual nuestros vecinos son meros espectadores. Por más, sin embargo, que una y otras se diferencien entre sí, tienen el mismo origen; pues al paso que las *maneras* se originan en la imitación de la conducta que se observa en presencia de los grandes, la *moda* nace de la imitación de la conducta de estos mismos grandes. Aquellas se derivan de los títulos, de las frases y de los saludos que se dirigen á las personas que están en el poder; ésta proviene de los hábitos y del modo de presentarse de dichas personas.

La madre de un caribe, que oprime la cabeza de su hijo para que se parezca á la del jefe; el joven salvaje, que se hace varias señales en el cuerpo á imitación de las cica-

trices que tienen los guerreros de la tribu (que es probablemente el origen del tatuaje); el montañés, que adopta el *plaid* que lleva el jefe de su clan; los cortesanos que afectan ir encorvados, ó cojeando, ó que se cubren el cuello para imitar á su rey, así como aquellos otros que imitan á los cortesanos, todos obran igualmente bajo la influencia de una especie de gobierno, que tiene parentesco con el de las maneras y que, lo mismo que éste, fué en su origen beneficioso. Porque no obstante el sin número de absurdos á que la manía de imitar ha impulsado al pueblo, desde los pendientes para las narices, hasta los zarcillos para las orejas; desde los rostros pintados hasta los lunares postizos, desde las cabezas afeitadas hasta las pelucas empolvadas, desde los dientes limados y las uñas teñidas, hasta los talles de campana, los zapatos puntiagudos y otras varias extravagancias; sin embargo, hay que concluir que, en atención á que los hombres fuertes, los dichosos, los dotados de voluntad enérgica, inteligencia y originalidad, aquellos que se han elevado á la cúspide, son por lo general más capaces de mostrar buen juicio en sus gustos que las masas, resulta ventajoso el imitarlos.

Poco á poco, sin embargo, corrompiéndose la *moda*, de la misma manera que las demás formas de autoridad, deja de ser casi por completo una imitación de lo mejor y se convierte en la imitación de algo que no es lo mejor. Así como los que se ordenan no son siempre los que tienen mayor aptitud para el ministerio sacerdotal, sino aquellos que ven en éste un modo de vivir; así como los funcionarios públicos no llegan á ocupar sus puestos por la fuerza de su inteligencia política ni de la aptitud para el mando, sino por la virtud de su nacimiento, de sus propiedades y de la influencia de clase, por igual manera, el que se nombra á sí mismo figurín de la moda, alcanza esta prerrogativa, no por la fuerza de su naturaleza, de su inteligencia, de su mérito superior ó de su gusto más delicado, sino úni-

camente porque él se la atribuye y nadie se la disputa. Entre los iniciados, no figuran las personas de rango más noble, ni tampoco las más poderosas, las más ilustradas, las de mayor delicadeza y talento, ni las de más ingenio y hermosura, y su trato, lejos de ser superior al de los demás, brilla por su nulidad reconocida.

Y, sin embargo, guiándose por el ejemplo del necio que se cree escogido y no por el de la persona de verdadero mérito, la sociedad regula hoy en general sus idas y venidas, sus horas, su traje y gran número de pequeños detalles. Así, es consecuencia natural que haya en todo esto poco ó nada de aquella conveniencia que supone la teoría de la moda. Lejos del progreso continuo hacia lo más elegante y útil, que debiera esperarse si las gentes copiaran realmente lo mejor ó siguieran sus propias ideas en este punto, reina el puro capricho, la sin razón, el deseo de variar sólo por variar, un insensato movimiento de oscilación de un extremo á otro: estamos bajo el imperio de los usos que carecen de sentido, de una división del tiempo absurda y de los trajes sin gusto. Por esto, la vida *á la moda*, lejos de ser una vida lo más racional posible, es una vida que dirigen los disipadores y holgazanes, las modistas y los sastres, los vividores y las mujeres frívolas.

A los diversos corolarios expuestos, á saber: que los distintos ordenes de la autoridad ejercida sobre los hombres, tienen un origen común y desempeñan idéntica función, radicando en otras tantas necesidades coordinadas é imponiéndose á cada momento con igual rigor, declinan simultáneamente y se corrompen á la par, sólo hay que añadir otra consecuencia y es, que dejan de ser necesarias al mismo tiempo; todas las formas de coacción se fundan en la incapacidad del hombre primitivo para la vida social y decrecen en fuerza á medida que esta incapacidad disminuye; todas deberán concluir el día que la humanidad se adapte á sus nuevas condiciones. La disciplina de las cir-

cunstances que ha producido en nosotros tan grandes cambios, ha de operar otros mayores todavía. Esta influencia cotidiana que tiene en jaque todo lo que hay de inferior en nuestra naturaleza y desenvuelve lo que hay de más elevado en ella, después de haber convertido una raza de canibales y de adoradores del diablo en una raza de filántropos y amigos de la paz y de enemigos de la superstición, no puede menos de transformar estos últimos en hombres tan superiores á ellos, como ellos lo son en relación con sus progenitores. Las causas que han producido las modificaciones pasadas obran aún, y no han de interrumpirse interin haya alguna discordancia entre los deseos del individuo y las exigencias del estado social, para vivir en el cual han de darnos aptitud orgánica. Así como hoy no es necesario dictar disposiciones contra los antropófagos, ni contra el fetiquismo, llegará un día en que no será menester prohibir el asesinato, el robo ni los delitos menos graves que castigan nuestras leyes. Cuando la naturaleza humana se haya amoldado á la ley moral no habrá necesidad de jueces ni de códigos; cuando en todas las cosas, como ya sucede en algunas, siga espontáneamente el camino recto, no habrá que estimularla con el incentivo de futuros premios y el temor á futuros castigos; y cuando sea ininstintivo en el hombre el proceder dignamente en todos los casos no hará falta un formulario que prescriba las ceremonias.

III

Justificación de los infractores de las maneras y la moda.

De este modo viene á reconocerse la significación, el origen natural y la necesidad de las varias excentricidades que se observan en los reformadores y que hemos descrito en los comienzos del presente estudio. No son accidentes;

no son meros caprichos personales, como la gente cree. Son, por el contrario, resultados inevitables de la ley de correlación que hemos expuesto. La comunidad de origen y de funciones y la simultaneidad de la decadencia que se ve en todas las formas de restricción, no es más que el hecho inverso del que antes señalamos, según el cual, todas tienen su principio conservador y su principio destructor en dos sentimientos opuestos de la naturaleza humana. El terror que inspira el poder les dá vida y las sostiene; el amor á la libertad las mina y debilita. Defienden los unos el despotismo y aseguran la supremacía de la ley, se apegan á las antiguas creencias y apoyan la autoridad eclesiástica, respetan los títulos y conservan las formas; los otros, poniendo la rectitud por cima de la legalidad, llevan á cabo progresos periódicos en punto á libertad política; inauguran el protestantismo y sacan sus naturales consecuencias, desconocen los dictados, faltos de sentido, de la moda, y emancipan al hombre de costumbres ya muertas.

Para el verdadero reformador no hay institución sagrada, ni creencia alguna superior á la crítica. Todas las cosas han de estar conformes con la equidad y la razón, ninguna debe salvarse por su solo prestigio. Reconociendo en cada hombre la libertad necesaria para perseguir sus propios fines y satisfacer sus gustos individuales, pide para sí la misma libertad, y no consiente restricción alguna, exceptuando las que nacen del derecho igual de los demás. Trátese de una orden dada por un solo hombre, ó de una orden dada por todos los hombres, protesta de ella si invade su legítima esfera de acción. Tan dispuesto está á rechazar la tiranía que le impone un cierto modo de vestir ó una cierta manera de conducirse como aquella otra que limitase sus compras y ventas ó le dictara sus creencias. Que la regla haya sido dictada formalmente por el legislador, ó haya sido impuesta por la sociedad; que la pena con que se castiga la desobediencia, sea la prisión, el desdén del